

GALDÓS

A Galdós me lo figuro dando vueltas y vueltas por Madrid, sin prisa, claro está, pero no a la manera del paseante o del ocioso, es decir, no con el placer del paseante ni el cinismo del ocioso, sino con ese paso de perro callejero que no es propiamente una lentitud, sino una *sapiencia*; porque eso que en los perros callejeros puede parecer vaguedad de objetivo no es más que sabiduría, sabiduría profunda, convencimiento de que *no hay lugares absolutos* a donde ir. Galdós, con su gabán y su bufanda, parecía un mendigo de calidad, un mendigo que no pide, que recibe todo pero que no pide; y la realidad se le iba entregando así, cordialmente, sin violencia, sin conquista, sin *estudio*.

Flaubert (un gran artista indudable pero menos *elegido*) tiene una actitud tan *estudiosa* ante la realidad que, claro, ésta muchas veces huye, huye ofendida a entregarse a otro, a otro que no la observe como un *fenómeno*, sino que la mire como un amigo, como un hermano; es el secreto de Galdós, tratar a la realidad como a una *igual* suya, es decir, sin servilismo ni altanería y, claro, sin objetividad, sin el insulto de la objetividad. Los sucesos más sorprendentes, más monstruosos, más inverosímiles, los ve Galdós con una gran naturalidad porque, en vez de mantenerse en esa actitud grosera del que asiste a un espectáculo, se presta delicadamente a ser un *amigo* de esos sucesos -no a tomar parte, partido en ellos, ya que eso sería meterse donde no le llaman-, se presta, sencillamente, a ser un *semejante* de la realidad para que esta no pueda sentirse abandonada ni observada; Galdós no es que se mezcle y se pierda en lo real, sino que se *solidariza* con la realidad sin inmiscuirse en ella, y una vez solidarizado, hermanado, nada de esa realidad puede extrañarle.

En los grandes novelistas es fácil descubrir dos actitudes, la del *impertinente objetivo* -Stendhal- y la del *generoso náufrago* -Dostoievsky-, pero es difícil encontrar una actitud *piadosa* como la de Galdós. Flaubert creía ser la Bovary, pero no se trata de *ser* los personajes por dentro ni de *contemplanlos* a distancia, sino de *convivir*, de acercarse a ellos sin pasiones y sin aprovechamientos. Hoy, después de algunas tonterías del 98 sobre Galdós, parece despertarse una nueva estimación por él, pero los investigadores, los historiadores, los críticos -como siempre- remueven afanosamente todo el *material* de sus novelas y se disponen a medir y a pesar la prosa, el estilo, la composición, la veracidad, la fantasía, los símbolos, sin comprender que, mientras se entregan a ese trabajo miope, se les escapa su grandeza. La grandeza de Galdós no la encontraremos nunca en la *composición* ni en el *contenido* de sus novelas, sino en la *relación armoniosa* que ha quedado establecida, milagrosamente, entre él y la Realidad.

México, 1952